

## UNO MÁS ENTRE DESPLAZADOS

Pedro H. Arriaga Alarcón S.J.  
San Cristóbal de las Casas

Pies descalzos, cuerpos harapientos cubiertos por plásticos; niños, ancianos, mujeres, transportaban costales, enseres domésticos, gallinas, sobre la carretera asfaltada, dirigiéndose a Polhó, Municipio Autónomo de San Pedro Chenalhó. Se desplazaban de poblados vecinos al lugar que se convertía en campamento seguro. Lluvia pertinaz del invierno. Aun vivas en mí las imágenes, testimonio video grabado, de estos desplazados de Chenal'ho, miembros de las bases del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), diciembre de 1997. Apenas a ocho días de la masacre de Acteal.

### RAFAGAS DEL CONFLICTO

La solidaridad humana a inicios de 1998, se vertía sobre Los Altos de Chiapas, por el conflicto social que arreciaba. Paramilitares, soldados, organizaciones sociales de los indígenas, como la de “Las Abejas”, las bases de apoyo del EZLN, se enfrentaban a un nuevo escenario contrainsurgente. Durante el año de 1997, se habían sucedido hechos sangrientos, muertes aisladas, quemas de casas, amenazas de autoridades municipales, filtración de armas, pagos de cuotas por no afiliarse al partido gobernante. En Chenal'ho, municipio donde confluyen los caminos, hacia la capital del Estado de Chiapas, a la costa del Golfo, al centro montañoso de San Cristóbal de Las Casas, por la estrategia militar, se asentaban ya veintiséis guarniciones, un soldado por cada tres habitantes. Treinta mil pobladores se contaban en este municipio.

La Iglesia Católica parecía objetivo militar: cuarenta templos cerrados, diez agentes de pastoral, -en su gran mayoría, sacerdotes extranjeros-, expulsados del país. El Obispo Samuel Ruiz, veía acosado su desempeño en la Comisión de Reconciliación (CONAI). Baleado el párroco y los catequistas, durante la visita pastoral de los obispos, a la Parroquia de Tila. No bastaba la matanza de Acteal, donde cuarenta y cinco creyentes perdieron la vida, “un hecho de terror en la historia de México”, denunciaba el Obispo, Raúl Vera O.P. Continuaba el hostigamiento gubernamental en discursos agresivos, traiciones a las negociaciones, inoperancia para lograr el bien común de la población marginada, que demandaba lo esencial para una vida digna, el respeto a sus derechos de originarios de estas tierras.

Ya conflictuada la zona durante 1998, alejados de sus tierras los campesinos indígenas que se habían desplazado, no podrían cultivar sus sembradíos de café. Dependería su subsistencia elemental de la Cruz Roja Internacional. Mil dólares diarios destinaría la Unión Europea para mantener once campamentos de desplazados, la gran mayoría bases

zapatistas. Brigadas de voluntarios, de los cinco continentes, de centros de derechos humanos, grupos de diversas iglesias, universitarios, miembros de comunidades eclesiales de base, jóvenes de varias diócesis de México, caminarían al lado de este pueblo sufriente.

## ENVIADO A RESISTIR

Al ubicarme el *Tatic* Obispo, como inesperado sucesor del párroco expulsado de San Pedro Chenal'ho, Miguel Chanteau, descalificarían los militantes de las organizaciones indígenas mi intención evangelizadora, les reconocía como semejantes entre sí. La comunidad parroquial dividida. Desde el alzamiento del ejército zapatista, enero de 1994, se fueron gestando diferencias. Cuando preguntaban para reflexionar la Palabra de Dios, buscaban la respuesta desde su visión política: o el camino de las armas, o el de la neutralidad, o el de los intereses de la clase gobernante. La tentación me rondaba: “abandona la misión, ve a donde te acepten, sin condicionamientos sociopolíticos”.

Me devolvió a mi misión en Chiapas el entusiasmo solidario de las familias con las que conviví durante quince años, integrantes de comunidades eclesiales de base, de Villa Guerrero, en Guadalajara. Las visité en crisis de discernimiento. Su exigencia afectuosa me impulsó a permanecer fiel a mi envío misionero; lograron retornarme. Al igual que muchos cristianos, apoyaban las causas justas de los indígenas. Y sintiéndome como mula que tiran de las riendas y se atranca con las patas, regrese a Chenalhó, diciéndome a mí mismo que “no quería morir”.

Me expulsaron de Chenal'ho en agria sesión municipal, cerraron con un candado la puerta de la casa parroquial. Me impidió el Presidente Municipal (priísta) celebrar la Eucaristía en el templo, durante dos años, en complicidad con el gobierno estatal y federal. Pero me encontré con un pueblo de decenas de sobrevivientes de la masacre, acosados cientos y desplazados miles; se mantenían perseverantes en sus compromisos como Pueblo de Dios, fruto de una evangelización liberadora. ¿Hacia dónde entonces dirigir mis atorados pasos? Igual que otros muchos, proseguí, *como uno más*, al lado de quienes perseveraban en la fe, dentro la Iglesia Católica, para ser promotores de salud, de educación, defensores de la mujer, de los derechos humanos, pacifistas como “Abejas”, organizados como “bases del EZLN”. Eran los fieles de mi comunidad parroquial.

Al reunirme con los servidores, me presentaron su organigrama. Dibujaron una Biblia abierta, de ella se desprendían, como rayos del sol, acciones pastorales de catequistas, promotores, artesanas, cooperativistas, ancianos rezanderos, seguidores de la teología india cristiana; cerca de doscientos fieles, agrupados por áreas de trabajo. En la inspiración del Concilio Vaticano II, del cual había sido participante el Obispo Samuel Ruiz, treinta años de evangelización inculturada, infundían al ser del creyente indígena vitalidad en compromisos liberadores de su opresión. Difundían la Buena Nueva a una población teocéntrica. Perseguidos, sólo por vivir de acuerdo a un evangelio “bajo la guía del Espíritu”. Habían derramado su sangre, orando, ayunando; no tenían otro delito sino el de resistir buscando la paz. Se explicaba el martirio por odio a la fe, exacerbado por intereses económicos y políticos. Otros ocultaban las causas de este genocidio para mantener su poder o una paz ficticia. Los sobrevivientes hasta la fecha siguen exigiendo justicia.

## ENLODADOS PARA SERVIR

Para el desafío pastoral, lo primero fue dejar el zapato enterrado en el lodo, tal cual, cuando regresábamos los agentes de pastoral, religiosas, laicos, ya de noche, del campamento de *Xoyep*, donde de un día para otro, quince familias albergaron a mil personas. Al acercarnos a los más desprotegidos de entonces, los desplazados -Abejas, zapatistas- los encontrábamos hacinados en barracas, aprendiendo a superar esta situación en espíritu de servicio.

Otra imagen que se internacionalizó: mujeres enfrentando a soldados que pretendían acampar junto al ojo de agua del que se surtían. El fotógrafo Pedro Valtierra, ganaría un premio en España, al captar a Anita, prendida del soldado armado, para impedirle que avanzara, echándolo para atrás. La aguerrida situación no les hacía temer, ni a niños, ni a mujeres, al defender lo que les daba vida. El sarcasmo de los batallones invasores de la tierra en disputa quedó también videograbado. Se indignaría el Jefe de las Fuerzas Armadas, en discurso pronunciado un mes después, porque inermes mujeres detuvieron a su ejército.

La sed de la Palabra de Dios, en esta época, avivaba el hambre de justicia. La Biblia fue entregada a los fieles después del Concilio, se les consideró sujetos a los indígenas de su propia evangelización, por el Obispo Conciliar, sucesor de Fray Bartolomé de las Casas. Fue detonante de espiritualidad, el libro del Exodo. Los acuerdos del Congreso Indígena (1974) revelaron los signos de los tiempos en urgencia de educación, salud, participación democrática, defensa de la tierra. La nueva organización del Municipio Autónomo, requería seguir siendo sustentada por la Palabra de Dios y del Congreso.

Para 1998 se había realizado la traducción ecuménica de la Biblia por presbiterianos y católicos. Precisamente los Obispos de la Comisión de Reconciliación del Episcopado Mexicano, en la plaza de Polhó, entregaban veinte biblias traducidas a la lengua tzotzil, las recibían los catequistas. Apuntalaban con su visita, en abril de 1998, procesos de distensión y pacificación de la zona. La Sagrada Escritura continúa en la pastoral indígena como marco de referencia, intérprete de la realidad, palabra motivante, para no solamente perseverar, sino para dar la vida.

Llevaba para entregarles, una mañana de marzo del 98, una pequeña imagen de San Pedro Apóstol y Mártir. La recibían solemnemente los desplazados zapatistas; banda de música, banderas, autoridades autónomas engalanadas. Junto con otros jesuitas, en experiencia misionera, bautizamos a 150 niños y niñas. Querían seguir siendo miembros de la Iglesia Católica, continuar venerando a los santos. Poco tiempo después estuvieron preparados para recibir el sacramento de la Confirmación; lo impartió *Tatic* Samuel. Se iniciaba así una nueva etapa de relación eclesial. A raíz del levantamiento armado, la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas se había distanciado; nunca estuvo de acuerdo en el uso de las armas para buscar una solución a sus demandas. Ahora reencontraban al pastor de la grey.

Cuando llegué a Polhó para coordinarme en atender los oficios de Semana Santa, esperé alrededor de tres horas. La paciencia es condición indispensable para servir al pueblo

indígena. Estaban preparando la representación del vía crucis. Decenas de fieles participaron en los eventos religiosos; provenían de los seis campamentos, en que se habían agrupado dentro de Polhó. En esos días, sumaban 5,300 los desplazados.

Como venero de agua viva, comencé a percibir una fe que se comprometía en hechos, dentro de su “organización” -nombre a la que se refiere comúnmente la militancia zapatista. No cejaban en el empeño eclesial, pero sobretodo en su tradición orante. Guiados por los ancianos mayas: ayunos, plegarias en los manantiales, cuevas, ante cruces (reconocidas como flores de maíz), donde se vive la experiencia de Dios. El zapatismo ha sabido respetar e integrar los elementos, no solamente culturales sino los de su religiosidad, enraizados en el ser indígena. Espiritualidad cósmica, permea la devoción aquí y en todas las regiones mayenses, expresada en ritos familiares, comunitarios, con flores, cantos, instrumentos musicales, trajes ceremoniales, incienso.

### TEJAMOS EL SENTIDO PASTORAL

La consigna que asumimos fue la de mantener una independencia entre lo eclesial y lo organizativo político, guías entrelazadas del petate que asienta la vida social. Nunca intervenir, ni opinar; sobre todo respetar lo que se establece para el Municipio Autónomo. Esto supuso que pidiéramos los permisos requeridos para ingresar a Polhó e informáramos de nuestros eventos a la Junta de Buen Gobierno en Oventic, cuando se constituyó. Previo a este modo de proceder, lo hicimos con las autoridades internas del municipio: Presidente y Cabildo. Dialogo con autoridades sobre condiciones para la donación y transferencia de alimentos, requerimientos para ingreso de visitantes. Nuestro ámbito como agentes de pastoral fue estrictamente la atención a las necesidades humanitarias, espirituales; así sigue hasta hoy.

Mucho aprendí del ser silencioso militante de una causa al convivir con las llamadas bases del EZLN: familias campesinas indígenas con visión de compromiso político. La creatividad expresada en entrega desinteresada, por ejemplo, para construir la casa pastoral, albergue y lugar de reuniones. La edificaron casi totalmente con sus propios recursos, mano de obra, al igual que el centro de salud alternativa y algunas ermitas. Seguían siendo fieles, tanto a sus tradiciones, como al impulso evangelizador integrado a su militancia. Logré establecer una amistad profunda y afectiva con varias familias. No hay diferencia con otros católicos, así fueron evangelizados: en el respeto a los ministros de culto, en continuar educándose cristianamente, atendiendo a los sufrientes.

Sin embargo, la amistad nunca ha mezclado la asesoría de agentes de pastoral a sus exigencias y demandas políticas. Se ha tendido a distorsionar la relación de la Diócesis de San Cristóbal, desde fuera, en los medios de comunicación, en este campo, calumniada como cómplice del mismo levantamiento. Ha habido y hay distanciamiento por fidelidad a la Iglesia, antes que al modo de esta exigencia de justicia, tanto de Obispos como de los agentes de pastoral. La acción laical, sin embargo, tiene su campo específico, levadura para actuar conforme a los valores evangélicos.

Las situaciones de riesgo se viven con entereza, sin temer la entrega de la vida. Estando para celebrar la Vigilia Pascual, en el año del 98, llegó la noticia de que el ejército esa

noche “ingresaría a un Municipio Autónomo”. Fue captada la información por radio, intervenía la comunicación del ejército, acampado a unos metros de Polhó, donde nos encontrábamos. Desaparecieron los hombres de la asamblea, a punto de iniciar el ritual del fuego. Junto con el catequista, decidimos continuar con mujeres y niños. Acortamos la liturgia. Veía los ojos de los que me rodeaban, las puertas del auditorio donde rezábamos; especulaba: ¿qué haríamos si aparecían los soldados? ¿por dónde escaparíamos? ¿seríamos lastimados? No sucedió. Concluimos, fuimos a los albergues. Nos atrancamos con sillas, tablonés, hasta el amanecer.

La agresión del ejército sucedió en Taniperla, municipio de Ocosingo; detuvieron a varias personas solidarias, a originarios de ese Municipio Autónomo, destruyeron el mural pintado en casa de las autoridades. Los presos estuvieron durante año y medio recluidos; entre ellos, Enrique Menéndez, observador de derechos humanos, entonces integrante del Centro Fray Lorenzo de la Nada, ex alumno de la Universidad Iberoamericana, quien se negó a abandonar la cárcel hasta que no fueran liberados todos los indígenas. Testimonio ejemplar.

## SEGUIMOS SEMBRANDO

Conforme pasaba el tiempo, tratábamos en el equipo pastoral de sanar la herida de la división eclesial; lamentablemente el desgarre del tejido social parece hasta la fecha desafiante. Allí continúan, vecinos, familiares, distanciados, por seguir organizados políticamente. Otros dividiéndose aún más. Sin embargo, conviviendo diariamente en transportes, servicios comunes, solucionando el suministro de agua, de luz, mercados. La Cruz Roja Mexicana junto con la Internacional, permaneció durante cuatro años. Las Abejas decidieron retornar a sus comunidades de origen en 2001; no aguantaron la miseria de los campamentos, buscaron otras alternativas, como la adquisición de un terreno para ubicarse cerca de 500 personas, fuera del asedio paramilitar. En total fueron mil quinientos desplazados de esta organización de la sociedad civil; pero de las bases zapatistas siguen siéndolo alrededor de ocho mil. Se quedaron a vivir en Polhó, en dos campamentos más: Takiukum y Acteal (con vecinos “Abejas” y familias de paramilitares encarcelados).

Al llegar a la Diócesis, el Obispo actual, Felipe Arizmendi, su primera visita pastoral la realizó a los desplazados, a cinco días de haber asumido su cargo episcopal. Cuando llegó a Polhó, le recibió encapuchada la mayoría de la población. Antes de abrirle la cerca de entrada, proclamaron el texto del Buen Pastor (Juan 10, 1ss). Predicó ante el Obispo el catequista: “sólo el Pastor entra por la puerta”. Le hicieron sentir la responsabilidad, como guía de sus feligreses, para seguir sembrando la Palabra del Señor. Rodeado de mujeres avanzó el nuevo caminante. Iban enlazadas con sus manos, portando buganvillas. Le protegieron simbólicamente, rodeándole, hasta llegar a improvisado altar. Doce cuartillas leyeron al recién llegado a conducir la diócesis. Denunciaban en su escrito que no eran los zapatistas los agresores, sino en una narración de hechos, contaban cómo habían padecido en este campamento el hostigamiento en la llamada “guerra de baja intensidad”. Se encontraban cercados los cinco mil desplazados, en condiciones miserables. Asentamiento que continúa hasta hoy después de once años, perdido su estatus de desplazados. Ya no son noticia.

Lo más logrado es la erradicación del alcoholismo, arma destructiva que en los municipios no zapatistas sigue arrasando a la población. Para la fiesta anual de San Pedro en Polhó, es notable la diferencia con la cabecera municipal. Entre los militantes de las bases sucede la fiesta religiosa, el campeonato deportivo, el baile, en un ambiente de tranquilidad para las familias, sin ensangrentados o vagabundos alcoholizados. No hay venta, ni consumo de alcohol en los espacios controlados por los zapatistas. Si esto fuera lo único de su causa, es el mayor fruto de su siembra.

Este soporte de disciplina organizativa sigue hasta hoy fundamentando una pastoral, que se engarza en el desarrollo comunitario. El cumplimiento, en sí, de su pertenencia a su organización, en nada obstruye su participación eclesial responsable, es más, la sustenta. Al mantenerse respetuosamente la diferencia de lo religioso y político, la inspiración enlaza valores que se identifican con causas justas, como lo señaló en su primer acercamiento, Monseñor Arizmendi, tanto en Polhó, como en San Andrés Larrainzar.

Su resistencia a recibir los proyectos del gobierno, presionándoles sobre las necesidades de su pobreza extrema, han provocado entre ellos deserciones. Lo cual parece ser la pretensión política. En la ya larga espera de ser cumplidas sus exigencias, se mantienen creativos en convocar eventos a nivel nacional e internacional. Sin embargo su lucha se cantea hacia la pérdida de espacios y reconocimiento, cubiertos por el silencio de los medios de comunicación. Les presiona la transformación social de una nueva época en el país. La misma oferta del acompañamiento eclesial, tienen que cernirla, con una actitud de precaución.

Sin embargo, al quedar en un segundo plano la vía armada, se ha facilitado la interrelación pastoral; sin por ello dejar de censurar lo que provocaría de nuevo un alzamiento. Sin pasar por alto intransigencias, errores, cerrazón o desaciertos, que otros podrán señalar con más claridad política. Pero en cuanto su camino ha sido la vía pacífica, exigente de sus derechos, se ha integrado de una manera más acorde el sentido del catolicismo, del Evangelio de Jesús. Se continúa percibiendo su deseo de vivir al impulso del Espíritu de verdad y justicia. El testimonio del compromiso radical, ético, cristiano, es reconocido. La urgencia de la paz ineludible.

## AMARRO MI COSECHA

El signo de coincidencia, a nivel eclesial, entre los diferentes grupos políticos a los que pertenecen los creyentes, es el desempeño de los ministerios (ministros y ministras extraordinarios de la comunión; cabe señalar que en la Parroquia de San Pedro Chenalhó no hay diáconos permanentes). Por este servicio a las comunidades tienen que reunirse para su formación; este requerimiento ha trascendido la división con la que me encontré.

El indígena que me sucedió como párroco, el P. Marcelo Pérez, al hablar la lengua, sobre todo al reconocer su entraña maya, convocó a encontrarse en sesiones de formación, en torno a la Palabra de Dios, a los servidores distanciados políticamente. Hoy intercambian el lugar de reunión, son atendidos por los anfitriones, comparten sus alimentos, se trata por igual a todos los asistentes. Su vocación: servir a la comunidad eclesial, necesitada de evangelización liberadora. Prevalece esta actitud en todos los

ámbitos diocesanos. Para ello hay que saber hilar fino, tarea del discernimiento pastoral. No caer en la parcialidad o mitificación de las organizaciones, sin carecer de sentido crítico.

Durante reciente visita del Nuncio Apostólico en México, Christophe Pierre, a la sede parroquial, presidió la Eucaristía. Identificaba a lectores, coro, ministros, acólitos, etc., como ex párroco, por el conocimiento que tenía de los pobladores, -indígenas, mestizos-, con sus distintos referentes sociales. No se explicitó públicamente. Algunos de la sociedad civil, otros organizados, algunos afiliados a partidos, todos orando...unidos: “***¡Un solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre!***” (Efesios 4,5). La comunidad cristiana, sigue compartiendo su cosecha, para dar vida, a quien lo necesite, sin distinción.

Amarro el fruto de este escrito, después de besar, esta mañana, una piedra cubierta de rocío. Sobre ella cayó, Adolfo, joven indígena, acribillado por paramilitares, policías (Unión Progreso, Municipio del Bosque; 10 de junio 1998). Días aciagos de violencia armada. “Me llegó *un poco de Espíritu*, propuse a la comunidad nos reuniéramos donde murieron, para acordarnos de los cinco victimados” me compartió el catequista. Sus nombres: Andrés, Antonio, Bartolomé, Lorenzo, bases también del EZLN, en otra zona de Los Altos. Impune aún su asesinato.

Regreso confirmado en mi fe, revolotean a mis pies mariposas multicolores, símbolo de quienes ya viven en la casa del Padre. Con paso seguro, bordón en mano, junto a ellos, continúo, *uno más*, con mi quehacer de acompañante. El Espíritu “***hasta el presente trabaja***” (Juan 5,17) en desplazados, sobrevivientes, marginados, impulsando al pueblo indígena organizado.